**LA INVESTIGACIÓN EN JUVENTUDES: UNA POLICROMÍA, BRILLANTE Y CON Matices.
ENTREVISTA A MARTHA LUCÍA GUTIÉRREZ BONILLA**

MATEO ORTIZ HERNÁNDEZ

RECIBIDO: 24 DE ENERO DE 2025

Martha Lucía Gutiérrez Bonilla es una de las figuras más influyentes en los estudios de juventud en Colombia, gracias a una trayectoria académica y profesional que abarca una amplia variedad de temas clave. Como directora del Observatorio Javeriano de Juventud y profesora asociada del Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad Javeriana, en Bogotá, Colombia, ha trabajado en temas como la justicia para las mujeres indígenas, la distribución social del cuidado, la promoción y defensa de los derechos de las víctimas del conflicto armado y el análisis de las trayectorias vitales de las juventudes colombianas. Su contribución ha sido fundamental para el entendimiento de estas problemáticas y para la transformación de las políticas juveniles en el país. Entre sus logros más destacados se encuentra su papel crucial en la construcción de la primera Encuesta Nacional de Juventudes en 2021 y el diseño de la Ley Estatutaria de Ciudadanía Juvenil (Ley 1622 de 2013 y su modificación con la Ley 1885 de 2018). Reconocida a nivel nacional e iberoamericano como un referente en investigación participativa juvenil, Martha Lucía continúa liderando enfoques innovadores y metodologías que avanzan hacia la investigación, no sobre las juventudes, sino con y para ellas.

—Hola, Martha, muchas gracias por aceptar esta entrevista. Quisiera comenzar preguntándote, ¿qué te motivó a interesarte o a vincularte con los estudios sobre juventud?

—Muchas gracias por la entrevista, en primer lugar. Un saludo especial a todos y, en especial, a ti, Mateo. Debo decir que siento un poco de pudor al escuchar todo lo que mencionaste al inicio; me parece que has sido demasiado generoso conmigo.

En cuanto a tu pregunta, creo que mi interés en los estudios de juventud está estrechamente ligado a mi campo laboral en ese momento. Me refiero a finales de los años 90, cuando comencé a trabajar de manera continua y consistente en temas de juventud. En ese entonces, dirigía una fundación dedicada a la educación y el desarrollo campesino¹, con presencia en varias zonas rurales del país. Desde esa experiencia, empecé a notar que muchos jóvenes en el sector rural tenían un gran interés en transformar su realidad y participar en procesos distintos a los que habían conocido desde su nacimiento. No todos querían seguir vinculados

¹ Se refiere a la organización Acción Cultural Popular (ACPO, por sus siglas). Desde los años 40, ACPO ha sido fundamental en el desarrollo de las poblaciones rurales colombianas a través de la Educación Fundamental Integral (EFI). Uno de sus mayores logros fue el uso combinado de medios de comunicación para la educación campesina, entre ellos la creación de la radio Sutatenza, un espacio que no solo representó un avance en la comunicación radial, sino que también impactó la vida de millones de personas en Colombia y otros países de América Latina. Entre 1947 y 1989, transmitió un total de 1.489.935 horas, dejando una huella profunda en la educación y el desarrollo rural de Colombia.

a la tierra, a la agricultura o al desarrollo campesino; muchos querían salir, estudiar y buscar nuevos caminos, pero las oportunidades eran escasas.

Desde la fundación, impulsamos iniciativas que llamamos “procesos de productividad juvenil”. No se trataba solo de generar recursos económicos a través del trabajo en la tierra —aunque algunos jóvenes sí se interesaban en ello—, sino también de fomentar su desarrollo en otros aspectos: en su vida afectiva, su creatividad y su identidad juvenil. Ese trabajo con jóvenes rurales me llevó a profundizar en el estudio de sus realidades y, en general, a preguntarme quiénes eran los jóvenes en Colombia. En ese momento, realmente había muy pocas investigaciones sobre el tema.

A partir de esa experiencia, establecimos alianzas con diversas instituciones en Colombia y logramos obtener financiamiento externo para un proyecto más amplio: una red de fortalecimiento y acción en políticas públicas de juventud para América Latina. Esto amplió significativamente nuestra perspectiva, pasando de un trabajo muy localizado en zonas rurales y municipios pequeños a una visión más amplia, con un enfoque regional y latinoamericano.

—Tiempo después tomaste la dirección del Observatorio Javeriano de Juventud. Cuando asumiste este cargo, ¿cuál era el contexto investigativo y qué intereses iniciales comenzaron a componer la agenda del Observatorio bajo tu dirección?

—Cuando entré al Observatorio Javeriano de Juventud, finales de 1989, principios de 1990, ya venía vinculada a su diseño y concepción en un papel de asesora. Se había conformado un equipo asesor, y fui invitada a hacer parte de él. El grupo de profesores que diseñó el Observatorio —no solo en la Javeriana, sino también en la Universidad Nacional de Colombia— propuso mi nombre, y así fue como quedé vinculada a este proyecto apasionante. En particular, la profesora Angélica Ocampo, quien fue su primera directora, apoyó mi nombramiento, y bueno, aquí estoy, inmensamente agradecida por haber tenido la oportunidad de aportar y alimentarme de este espacio de acción con y para las juventudes colombianas.

Al ingresar al Observatorio, lo primero que hice junto con Fernando Quintero —un estudioso de la juventud desde los años 80, que aún hoy sigue siendo un referente tanto intelectual como de acción política hacia las juventudes— fue realizar un diagnóstico sobre la situación de los jóvenes en Colombia. En ese análisis identificamos varios aspectos clave. Primero, que los estudios sobre juventud eran escasos y discontinuos. Segundo, que no existía una difusión efectiva del conocimiento sobre el tema. Y tercero, que los expertos en juventud se podían contar con los dedos de una mano; había muy pocos y su trabajo no tenía suficiente visibilidad.

Además, el país atravesaba un periodo particularmente difícil. Veníamos de lo que se llamó la “época del terror”, cuando el narcotráfico generó niveles de violencia sin precedentes en los años 80, los cuales se recrudecieron en los 90. Fue entonces cuando la sociedad colombiana comenzó a fijarse en los jóvenes, pero desde una perspectiva preocupante: eran ellos quienes estaban siendo reclutados como sicarios para asesinar líderes políticos y figuras clave del Estado que se oponían al narcotráfico. En ese momento surgió una pregunta urgente: *¿Quiénes son estos jóvenes? ¿Qué está pasando con ellos?*

En ese contexto, además de reconocer la gravedad de la situación, constatamos que el campo académico de los estudios de juventud en Colombia era muy limitado. Había muy poca investigación, y lo poco que existía no se difundía adecuadamente. Quien quisiera estudiar juventud en ese momento tenía enormes dificultades para encontrar referencias, a menos que conociera a los pocos expertos en el tema, quienes, dicho sea de paso, siguen activos en el país hasta hoy.

—Algo que se notaba mucho cuando comenzaste a trabajar en el Observatorio era precisamente la ampliación de los estudios de juventud hacia campos que tradicionalmente no eran abordados. En la primera escuela de estudios sobre juventud, los enfoques principales giraban en torno a la familia, la educación y el trabajo. Se analizaban principalmente los procesos de transición de las juventudes hacia la vida familiar, su permanencia en el sistema educativo y su inserción en el mundo laboral. Sin embargo, en el Observatorio se comenzaron a explorar otros temas, como la participación política, el acceso a la justicia y el suicidio. ¿Por qué surgió este interés en estos nuevos contenidos?

—Cuando comenzamos el trabajo en el Observatorio de Juventud, a finales de los años 80, los estudios predominantes en el campo juvenil se centraban en dos grandes líneas. Por un lado, estaban los estudios culturales que enfocaban su acción en el estudio de las subculturas juveniles, una tendencia muy fuerte no solo en Colombia, sino en América Latina y el mundo. Por otro lado, los temas clásicos que mencionas: familia, trabajo, empleo, educación y las transiciones entre estos ámbitos.

Si bien estos temas siguen siendo prioritarios, al entrar en el Observatorio nos dimos cuenta de que había una demanda muy fuerte por parte de las y los jóvenes en torno a la participación. Entre 1987 y 1989 se formuló en Colombia la primera política de juventud con un carácter relativamente estructurado, en la que los jóvenes tuvieron una participación amplia. El eje central de esta política era precisamente la participación juvenil. Sin embargo, la política nunca se implementó de manera efectiva. A pesar de sus buenas intenciones, quedó en el papel, lo que generó una gran frustración entre los jóvenes. Como respuesta, ellos mismos impulsaron la creación de plataformas organizativas para continuar luchando por cambios en el ámbito juvenil. Esto nos llevó a entender que la participación no solo era un tema pendiente, sino que estaba en el corazón de las demandas juveniles. Por eso decidimos profundizar en el estudio de la participación, las comprensiones de lo político y las juventudes (2011).

En el ámbito de la salud, los temas han mantenido una continuidad desde entonces hasta hoy. Cuando inicié en el campo de estudios juveniles, las principales preocupaciones eran el embarazo adolescente y el consumo de sustancias psicoactivas. Estos temas siguen siendo relevantes, aunque en la actualidad se ha sumado con más fuerza el foco hacia la salud mental de las juventudes. Sin embargo, más allá de los cambios en énfasis, las cuestiones socioeconómicas relacionadas con la salud y los temas de participación y ciudadanía han permanecido vigentes en la agenda de investigación.

Paralelo a mi trabajo en juventud, yo ya venía investigando sobre el acceso a la justicia en el contexto del conflicto armado, particularmente en relación con las mujeres víctimas del conflicto armado y su acceso a la justicia (2014-2015), y las condiciones de vida de la

población desplazada por la violencia y sus afectaciones personales, familiares, sociales, parentales y comunitarias (2010). En esos escenarios de conflicto, en los que trabajaba con población indígena y campesina, me di cuenta de que la voz de los jóvenes era prácticamente inexistente. Se consideraba a las mujeres —porque muchas de ellas habían quedado viudas tras el asesinato de sus parejas— y a los niños, pero los jóvenes no eran tenidos en cuenta. Eran una presencia invisible en las discusiones sobre el conflicto.

Fue entonces cuando me pregunté: *¿Qué piensan y sienten los jóvenes sobre esto? ¿Cómo vivieron el conflicto armado? ¿Cuáles han sido sus afectaciones y cómo han accedido a la justicia?* A partir de estas preguntas, empecé a tender un puente entre los estudios de juventud que veníamos desarrollando en el Observatorio —participación, salud, suicidio (2016)— y los temas de conflicto armado, acceso a la justicia y, más adelante, la organización social del cuidado.

—Ya que mencionas la necesidad de visibilizar la presencia de los jóvenes en distintos ámbitos y fenómenos sociales, muchas veces invisibilizados en los estudios tradicionales sobre juventud, surge una pregunta clave: ¿a qué nos referimos cuando hablamos de juventudes?

—Es un concepto complejo porque no hablamos de un grupo homogéneo, sino de identidades muy diversas. Son sujetos que se reivindican como jóvenes, pero con diferencias marcadas por su identidad étnica, territorial, cultural y por sus formas particulares de vivir la juventud. En ese sentido, la juventud no es solo una etapa de la vida, sino una construcción social que cada grupo configura de manera distinta.

Los jóvenes han buscado diferenciarse de otros grupos sociales, no solo por la edad o la apariencia física —aunque esta última juega un papel importante en la afirmación de su identidad—, sino también por sus formas de habitar el mundo. Dentro de esa diversidad, podemos encontrar múltiples expresiones juveniles: jóvenes políticamente activos, jóvenes artistas, jóvenes defensores del medio ambiente, entre otros. En la actualidad, por ejemplo, vemos que los jóvenes han tomado un rol protagónico en la defensa del territorio, el medioambiente y la recuperación de saberes ancestrales, promoviendo el cuidado de la *Pachamama*.

Esta diversidad tiene, también, implicaciones metodológicas. Cuando uno se acerca a la investigación en juventud, ya sea como profesor o como investigador, suele traer consigo un conjunto de metodologías relativamente estandarizadas y tradicionales. Sin embargo, al enfrentarse al trabajo con jóvenes, se da cuenta de que estas metodologías, si bien ofrecen herramientas útiles, no siempre son suficientes. Se hace necesario sentarse con los/las jóvenes para diseñar o rediseñar las metodologías *junto con ellos/ellas*.

Este es uno de los mayores retos que enfrentamos en la investigación sobre juventudes: lograr construir procesos de investigación que sean significativos para los jóvenes, que respondan a sus intereses y necesidades, y que realmente, digamos, les motiven a vincularse a esas temáticas. Pero también está el reto de poder *reconstruir* las metodologías que hemos conocido. Incluso dentro de las metodologías participativas —que suelen gustarles mucho a las juventudes—, es necesario innovar constantemente de la mano de ellos. Nosotros podemos generar talleres, dinámicas creativas y lúdicas que sean atractivos, pero lo realmente

importante es que las juventudes estén involucradas en la construcción de esas mismas metodologías.

Curiosamente, quienes hemos trabajado en investigación juvenil no hemos sistematizado del todo estas metodologías; no las hemos puesto en blanco y negro. No hemos escrito un manual, por decirlo de alguna manera, que compile las experiencias y aprendizajes sobre metodologías para investigar con jóvenes. Y creo que sería interesante contar con estas reflexiones y aprendizajes.

Ahora bien, tengo que decir que la investigación en juventudes se ha esforzado con el tiempo y la evolución de sus investigadores a *mudar de piel*, pasando por entender a ese sujeto joven y sus realidades como objetos de la investigación a entenderlos e integrarlos como sujetos de la investigación que construyen conocimiento multisituado y que comparten ideas, conceptos, sentires y realidades.

—Esto que mencionas me recuerda que muchas veces me has dicho que no se trata solo de investigar sobre juventudes, sino de hacerlo con, para y por las juventudes. ¿Qué implica esto desde el punto de vista ético? Y ¿cómo nos posiciona como investigadores?

—Idealmente, me gustaría que siempre pudiéramos hacer investigación con y para las juventudes, pero para lograrlo se requieren dos condiciones fundamentales: recursos suficientes y un tiempo amplio de trabajo. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los investigadores tenemos plazos muy cortos, lo que nos obliga a recurrir a los métodos tradicionales —cualitativos, cuantitativos, mixtos o participativos— para recopilar la información dentro de los tiempos, requisitos y compromisos establecidos en los proyectos presentados a financiación.

Aquí es donde tenemos un choque, digámosle, ético. Queremos desarrollar una *epistemología abierta*, una investigación participativa y transformadora que no solo cambie a los jóvenes con los que trabajamos, sino que también nos transforme a nosotros como investigadores; que nos implique la reformulación o la construcción de nuevos procesos metodológicos, rutas metodológicas, etcétera. Pero en la práctica, esto es difícil de lograr dentro de los límites que nos imponen las condiciones de financiación y los plazos académicos. Para hacerlo de la manera en que realmente quisiéramos, sería necesario un compromiso que trascienda los proyectos de investigación formales o tradicionalmente institucionalizados, involucrándonos en procesos sociales más amplios, de manera voluntaria y sostenida en el tiempo.

Siendo sincera, me gustaría que nuestros procesos investigativos fueran siempre *con* y *para* los jóvenes. Sin embargo, hasta ahora, la mayoría de nuestras investigaciones han sido *sobre* los jóvenes y *para* los jóvenes, pero no necesariamente *con* ellos. Son pocos los estudios que hemos logrado construir realmente con su participación integral.

—Entiendo y me resuena mucho ese “para” que mencionas, sobre todo porque tu dirección en el Observatorio coincidió con ese boom de leyes de juventud en Iberoamérica. Tuviste un papel clave en el diseño de la Ley Estatutaria de Ciudadanía Juvenil y su rediseño. ¿Cómo fue tu participación en ello y cómo ves el rol del investigador en juventudes y la necesidad de vincularse a espacios de incidencia política o de transformación del Estado?

—Digamos que, en su momento, había todo un movimiento activista juvenil que, pese a su fuerza, no lograba generar cambios ni transformaciones reales. A finales de los años 80 y comienzos de los 90, quienes trabajábamos en temas de juventud estábamos convencidos de que el único actor con la capacidad de producir un cambio significativo en las condiciones de vida de los jóvenes era el Estado. Y, en gran medida, aún lo seguimos pensando. En aquel entonces, veíamos en las políticas públicas el mecanismo clave para lograrlo. Y en ellas o desde ellas la acción incidente de las juventudes, desplegando su agencia y capacidad transformadora en articulación y sinergia con el Estado y su institucionalidad.

Sin embargo, hoy en día tenemos muchas dudas. A lo largo de América Latina se han formulado políticas públicas de juventud, algunas de ellas muy interesantes, pero en general no han generado las transformaciones esperadas. Han sido políticas desfinanciadas, sin el respaldo económico necesario para su implementación. También han carecido de personal suficiente y capacitado para ponerlas en marcha de manera efectiva. Además, han sido políticas poblacionales que, en muchos casos, entran en conflicto con otras políticas del mismo tipo o con enfoques territoriales y sectoriales más amplios.

Entonces, aunque seguimos creyendo que el Estado tiene el potencial de impulsar los cambios estructurales que se requieren —no solo para garantizar condiciones de vida justas y dignas para los jóvenes, sino también para contribuir al desarrollo del país—, nos enfrentamos a un dilema, asociado a la baja efectividad de estas políticas y a su poca fuerza y liderazgo en la arquitectura del Estado de carácter sectorial. Entiendo la importancia del enfoque diferencial y su aplicabilidad en el diseño y desarrollo de políticas públicas poblacionales, pues las y los jóvenes han sido históricamente segregados o al menos poco tenidos en cuenta como actores sociales, pero a la par veo una manifiesta debilidad y una inoperancia de las políticas públicas de juventud que compiten con políticas sectoriales o territoriales, viéndose siempre sacrificadas en la financiación, la asignación de equipos técnicos competentes y conocedores de las realidades juveniles y de la acción misma de transformación de condiciones injustas, que precarizan la vida de las juventudes. Entonces, ¿debemos seguir insistiendo en políticas específicas de juventud que tienen tan bajo impacto en la vida juvenil?

Ahora vuelvo a la pregunta acerca de ¿cuál fue nuestro papel como investigadores en la redacción y gestión de la Ley Estatutaria de Ciudadanía Juvenil, hoy vigente? Nuestra labor fue acompañar, animar y asesorar las reflexiones, debates y consensos de la Plataforma de juventud que lideró este proceso, llamada *Juventud es Colombia*. Una idea fuerza central a la “ciudadanía juvenil” que no es otra cosa que el reconocimiento, identidad y ejercicio del derecho a la participación incidente de las/los jóvenes en todos los niveles e instancias de gobierno del país, desde lo local y municipal hasta lo departamental y nacional. Este trabajo y la Ley Estatutaria de Ciudadanía Juvenil (Ley 1622 de 2013 y 1885 de 2018) pretenden relevar el papel político de las/los jóvenes del país, la titularidad de derechos políticos, sociales, económicos y culturales y la centralidad de la obligación del Estado en proporcionar las garantías y dotaciones para lograrlo.

—**¿Es debido a estas limitaciones que siempre has insistido en acompañar los procesos participativos juveniles de base?**

—Con esta pregunta complementas lo que mencionaba antes. Las limitaciones a las que me refiero son con respecto a las políticas estatales y, en cierto sentido, nacionales. Cuando miramos a nivel municipal y departamental², las/los jóvenes aún tienen muchos espacios de incidencia. La política pública local no solo puede generar cambios concretos en sus condiciones de vida, sino que también abre un espacio clave: el fortalecimiento del derecho a la participación juvenil.

Para mí, esto es fundamental. Se trata del derecho a tener derechos, de consolidar la ciudadanía juvenil como una realidad tangible. Más allá de las transformaciones en sus condiciones de vida —que en muchos casos dependen de cambios estructurales en toda la sociedad—, la política pública ha dejado un saldo positivo en términos de participación, formación ciudadana y política, y conciencia sobre la capacidad de transformación que tienen los jóvenes. Hoy en día, esto lo llamamos *agencia juvenil*.

Los jóvenes ya saben que pueden movilizarse, que tienen poder para incidir. Lo vimos en 2021, cuando salieron a las calles y protagonizaron una de las movilizaciones más significativas en la historia reciente del país. La presión fue tal, que el gobierno nacional tuvo que abrir espacios de diálogo con ellos. Ese reconocimiento de su agencia, de su capacidad para transformar la realidad, es algo que me parece profundamente esperanzador.

—Entonces, si entiendo bien, la política debe analizarse desde una perspectiva territorial. No es lo mismo hablar de políticas nacionales que de políticas municipales o departamentales. ¿Sucede lo mismo con la investigación en juventudes?

—Exactamente. Nuestro *rol* como investigadores en juventud es aportar información y conocimiento que permita a las juventudes fortalecer sus procesos de incidencia en política pública. Y dentro de ese trabajo, lo territorial es clave.

Si bien podemos tener una visión macro —nacional o incluso latinoamericana—, estas son generalizaciones que tienden a homogeneizar una población que, como hemos dicho, es profundamente diversa. En realidad, son los territorios los que marcan las diferencias. Los contextos culturales, sociales, familiares, personales, psicológicos y de interrelación con otros son los que moldean la identidad de los jóvenes, su reconocimiento y sus procesos de transformación.

Por eso, creo que la *dimensión territorial* debe ser un énfasis central en la investigación en juventudes. Es esencial que los investigadores académicos trabajemos de la mano con los jóvenes investigadores, aquellos que son a la vez sujetos y actores de la acción investigativa. Esa aproximación territorial nos permite comprender mejor sus realidades.

Fíjate en el estudio de Flor Edilma Osorio (2016) sobre jóvenes rurales. Ella encontró que su comprensión del territorio va mucho más allá del espacio físico. Para ellos, el territorio abarca la relación con la tierra, las prácticas culturales, el medioambiente y el paisaje. Esas son las comprensiones que necesitamos profundizar. Nuestro desafío como investigadores es ofrecer una mirada global y holística, pero al mismo tiempo situada, de manera que los procesos de cambio que los jóvenes emprenden estén realmente vinculados a sus realidades concretas.

² En Colombia, la distribución administrativo territorial se compone de un sistema subsidiario, complementario y concurrente centrado en gobierno municipal, departamental y nacional.

Subrayo dos componentes clave de la investigación en juventudes, al insistir y nombrar dos palabras: “cambio” y “transformación”. Estos deben ser fines inaplazables de nuestra investigación con y para los jóvenes.

—Como parte de tu compromiso con este desafío, has contribuido al desarrollo de varias encuestas nacionales de juventud, como lo fue *Juventudes Colombianas 2021*. ¿Cómo ha evolucionado el rol de las encuestas en la investigación sobre juventudes? ¿Siguen aportando lo mismo o ha cambiado su impacto en los procesos juveniles?

—Cuando realizamos la encuesta *Juventudes Colombianas, preocupaciones, realidades y creencias* (2021), ya existía un antecedente con la encuesta *Next Generation, amplificando la voz de los jóvenes en Colombia* (2017). Esta era una encuesta nacional, apoyada por el British Council, que fue muy valiosa, interpretativa y con gran alcance. Luego, a partir de nuestra encuesta del 2021, se han desprendido otros estudios, que han venido a fortalecer el cuerpo de conocimientos que en juventudes tenemos en el país. No obstante, sigue faltando un compromiso claro por parte del Estado.

Desde el Observatorio Javeriano de Juventud, junto con asesores nacionales e internacionales como José Antonio Pérez Islas de la UNAM de México y Ernesto Rodríguez de Uruguay, participamos en el diseño de la Encuesta Nacional de Juventud. Ese proceso tomó cerca de dos años, pero nunca se aplicó por falta de recursos económicos. Y ahí es donde surge la pregunta: ¿por qué el Estado colombiano, y en particular el DANE (Departamento Nacional de Estadísticas), no ha comprendido que *solo el sector público tiene la capacidad, la información y la responsabilidad* de mantener actualizados los datos sobre juventudes y, a partir de ahí, tomar decisiones informadas frente a ellas? ¿Cómo las políticas públicas actúan y se formulan y aun por qué se evalúan o rediseñan, sin información que dé cuenta del estado de situación?

En Colombia, la juventud parece existir solo en función de la educación: cuántos ingresan a la escuela, cuántos llegan a la universidad, cuántos están o no vinculados al sistema educativo y al mercado laboral. Llevamos 60 años en conflicto armado y el principal contingente de los grupos armados irregulares ha sido la juventud. Aun así, no hay un compromiso real con esta población. Pareciera que brincáramos de la infancia —no sé a dónde— para en la adultez ser trabajadores. En este sentido, cuando miramos los estudios poblacionales en clave etaria existen las infancias y los hombres o mujeres trabajadoras, pero la juventud desaparece. Lo mismo pasa con la adolescencia, etapa inicial de la juventud. Por ejemplo, se les reconoce en tanto están en riesgo —por embarazo precoz o consumo de sustancias—, pero más allá de eso, desaparecen como grupo poblacional y eso aterriza.

Las encuestas de juventud que existen han sido esfuerzos realizados por iniciativas privadas. Universidades como la del Rosario en alianza con la empresa Cifras y Conceptos o con la Universidad de los Andes y nuestra casa de estudios, la Universidad Javeriana en alianza con la Fundación SM de España, y con la organización ACDI/VOCA con apoyo de USAID, han asumido esa tarea de manera comprometida y persistente. Hoy, estamos *ad-portas* de publicar los resultados de una encuesta de juventudes realizada en el 2024, llamada *Voces resilientes, juventudes, realidades y territorios*. Para resaltar el compromiso privado en esta tarea, debo señalar también el esfuerzo de la Fundación Corona, Empresarios por la Educación y la

organización Cifras y Conceptos, entre otros³. Estos actores son quienes han entendido que es urgente invertir en la juventud ahora, no en su futuro. Es hoy, es la realidad del país la que nos mueve y en ella, la realidad de las juventudes. En este sentido, la falta de presencia del Estado en estos esfuerzos me parece inaceptable y, por decir lo menos, terrible.

Es una razón más que evidente, que la información sobre juventud es clave para diseñar políticas públicas y para hacer seguimiento a la acción pública del Estado hacia su sociedad. Lo que ocurre con los jóvenes es un reflejo ampliado de la realidad nacional: las inequidades de género en la juventud evidencian las desigualdades estructurales del país; la pobreza juvenil muestra la precarización general de las familias; las dificultades en el empleo y la educación reflejan la crisis del sistema económico y social vigentes. Entonces, si la juventud es un *zoom de la sociedad*, ¿por qué no priorizar su investigación e intervención? Sigo sin entender por qué el Estado colombiano no ha asumido esa responsabilidad con la fuerza y el compromiso que se requiere.

—Algo muy interesante de lo que mencionas es la importancia del trabajo colaborativo, un aspecto clave en tu trayectoria, especialmente en tu participación en la Red Iberoamericana de Investigación en Juventud⁴. ¿Qué te motiva a impulsar la construcción de conocimiento sobre juventudes no solo en Colombia, sino en toda Latinoamérica?

—Yo creo mucho en el trabajo en grupo y en las alianzas. Considero que distintas perspectivas aportan maneras diversas de ver el mundo, en este caso, los mundos juveniles, que son tan amplios y complejos. Pero, sobre todo, permiten *generar estrategias de acción y cooperación*. Trabajar en grupo me parece fantástico, porque no solo se crean lazos de amistad, sino que también se construyen miradas más integrales sobre lo que significa la vida en América Latina en particular y la vida de las/los jóvenes en el mundo, hoy convulso e indescifrable.

En ese proceso, además, se tejen *ideales y se persiguen utopías*, se construyen formas de trabajo que nos permiten imaginar mundos deseados y proyectar nuevas posibilidades para nuestras sociedades. Buscamos construir lenguajes comunes que no necesariamente son tan comunes en el campo profesional, académico e investigativo y a ello se le suma, que somos investigadores de dos lenguas diferentes, la castellana y la portuguesa, hecho que es fascinante, pero también de dos continentes diferentes, América del Sur y Europa, y de múltiples experiencias y perspectivas epistemológicas y prácticas distintas. Trabajar en colectivo es apasionante, comporta dificultades que cuando se superan se celebran y son como la canción del magnífico músico dominicano Juan Luis Guerra, es como pasar “el Niágara en bicicleta”. Es alentador, hermoso y lleno de magia.

³ Cifras y Conceptos es una organización que se ha especializado en la realización de encuestas en Colombia. En su alianza con el Tiempo y la Universidad del Rosario, han logrado materializar un estudio longitudinal llamado *¿Qué piensan y sienten las juventudes colombianas?*, que ya cuenta con nueve mediciones. Pueden ver los resultados de la última medición aquí: <https://urosario.edu.co/sites/default/files/2024-11/129-24-decimo-estudio-de-percepcion-jovenes.pdf>

⁴ La red es un espacio de investigación interuniversitario y también de organizaciones interesadas en la investigación en juventudes. Sus integrantes aportan visiones y saberes de países que incluyen Brasil, México, Chile, España, Portugal y Colombia.

Casi podría decir que quienes trabajamos juntos en estos espacios colaborativos de investigación y acción con y para las juventudes, estamos firmando un contrato social con las juventudes. No solo buscamos entender sus realidades, sino que nos comprometemos con la incidencia política y con la transformación de sus vidas. Esa es la esencia del trabajo colaborativo: construir conocimiento no solo para describir, analizar, comprender o inferir, es y sobre todo un conocimiento y un compromiso social, político y ético para la transformación.

Todo lo anterior ha sido el oxígeno que alimenta al colectivo de investigadoras e investigadores en juventud que entrelazamos en la Red Iberoamericana de investigación en juventudes, y que nos permite tejer ideales y articular esfuerzos de acción desde cada país. Somos un grupo de investigadoras/res de Brasil, Colombia, México, Chile, Portugal y España, y que hoy se ha convertido en una Red de América Latina por su cohesión e intercambio continuo. Este grupo de investigadoras/es, desde sus posibilidades de acción, sus claridades y opacidades, busca construir comprensiones acerca de las realidades juveniles y aportar a su desarrollo y proyección.

—Aun así, estamos actualmente en un contexto político muy movido para Latinoamérica, América y el mundo en general. En este escenario, vemos cómo nuevas personas se están sumando a este *contrato social con las juventudes*. Nuevas juventudes investigadoras ¿Tú cómo ves ese contexto al que se están enfrentando ellos y ellas ahora? ¿Cuáles son esos desafíos? ¿Cómo les invitarías a continuar con sus estudios?

—Me resulta muy esperanzador ver cómo, desde hace varios años, los jóvenes han mostrado un creciente interés por investigarse a sí mismos. Antes, ni siquiera se concebían como sujetos de estudio; ellos mismos se autoidentificaban como inexistentes, por lo que no se les ocurría que se podía investigar, y que era importante jóvenes investigando jóvenes. Pero esto ha cambiado radicalmente: cada vez con mayor rigurosidad y profundidad, las/los jóvenes incursionan en la profundización, análisis y sobre todo reflexión y verbalización de sus mundos juveniles y sus obstáculos, de sus miradas compresivas del arte como realidad política, del tejido o el bordado como acción de cuidado y resistencia civil en contextos violentos, de los diálogos sociales como mecanismos de resolución de conflictos o de posicionamiento de nuevas perspectivas, por ejemplo: las masculinidades liberadoras, el feminismo integrador; de la acción colectiva y lo político desde las agrupaciones feministas o reivindicatorias de géneros diversos; de la conservación, defensa o preservación de la tierra, los seres vivos y las prácticas aborígenes de cuidado de todos; y de la justicia y los derechos sexuales y reproductivos, entre muchos otros temas más. La pregunta por nuestra existencia en coexistencia con otros y mi posicionamiento en este contexto rueda en sus preocupaciones e intereses investigativos. Pienso que hoy, más que antes, las juventudes se paran en una perspectiva de identidad y reconocimiento social que recupera la perspectiva relacional. Los veo muy instalados en el concepto del reconocimiento, que implica conocer y reconocer al otro o los otros, tal como lo plantea Judith Butler: “El encuentro del reconocimiento me permite ver mi vida y darme cuenta de que nunca es mi sola vida, ya que mi vida pertenece a procesos vivos que me superan y sostienen, y sostienen a su vez otras vidas humanas y animales”.

En cuanto a los desafíos, creo que estamos enfrentando un contexto sumamente complicado. Por un lado, vivimos un proceso de derechización global impulsado por un gran descontento

ciudadano hacia el papel que han jugado los liderazgos políticos y la corrupción. Sin embargo, en paralelo, emergen nuevas ciudadanías y liderazgos que siguen luchando por la igualdad, el reconocimiento y el *derecho a tener derechos*. Esa tensión entre justicia y equidad, por un lado, y el avance de posturas más conservadoras, por otro, se ha vuelto más evidente en América Latina y en el mundo, donde los poderes económicos están dominando el mapa geopolítico.

Un segundo desafío tiene que ver con el inmenso deterioro del medio ambiente. Como lo dijo el Papa Francisco, es *nuestra casa común*, pero los poderes económicos y las plutocracias niegan su gravedad, lo que nos lleva a un escenario en que no solo hablamos de la extinción de la humanidad, sino de todos los seres vivos del planeta. En contraste, vemos una ola de jóvenes y mujeres comprometidos con el cuidado del medio ambiente, la protección de semillas y el consumo responsable. También hay un resurgimiento del conocimiento ancestral de los pueblos indígenas y una mayor valoración de sus cosmovisiones. Aquí se da una fuerte tensión o disputa: mientras grandes poderes económicos niegan el cambio climático y sus efectos, hay grupos territoriales pequeños que han emergido en todo el mundo y que buscan tomar acción para proteger la humanidad y el medio ambiente, para revertir los desastres humanos del extractivismo sin límites y la acumulación insostenible de capital. El decrecimiento continúa rondando las perspectivas de los economistas ambientales de importancia, pero en un medio muy adverso para su implementación y para la preservación de la humanidad, de esta humanidad que conocemos.

Otro tema crucial, e inusitado, es el avance exponencial de *la tecnología y la inteligencia artificial*. No sabemos hasta dónde llegarán ni cuáles serán sus impactos, pero lo que sí es evidente es que *grandes sectores de la juventud están quedando por fuera* de estos desarrollos. Muchos jóvenes en América Latina tienen muy poco acceso a la tecnología, lo que los deja totalmente desvinculados de los cambios y transformaciones globales. En ese sentido, derechos sociales, políticos y culturales quedan suspendidos en el aire para muchas juventudes. Mientras unos sectores avanzan de forma vertiginosa, otros siguen atrapados en profundas desigualdades. También hay una diversidad de *espiritualidades híbridas y complejas* en las juventudes y en su búsqueda de sentidos de vida.

Otro factor determinante que impone desafíos en la investigación con y para las juventudes desde una perspectiva transformadora es la *ola migratoria*, que se ha convertido en un tsunami mundial. Tanto por guerras, desastres naturales o políticas económicas, millones de personas —principalmente jóvenes— se ven obligadas a desplazarse, mientras que muchos países han endurecido sus fronteras, a veces de manera violenta. Estamos en una especie de confinamiento global: los países con mayores recursos cierran sus puertas, casi como cortinas de hierro, ignorando que la migración no solo representa una demanda de recursos, sino que también aporta al desarrollo económico y social a través de nueva fuerza de trabajo y pago de impuestos; y que la movilidad humana es un fenómeno inherente al ser humano y a su derecho vital de existir.

Creo que estos son los grandes retos que enfrenta hoy la investigación en juventudes: profundizar en estas temáticas y ofrecer caminos en medio de las enormes tensiones que atraviesa el mundo actual.

—Una última pregunta, ya para cerrar, y es que muy pocas personas saben lo mucho que te gustan los colores. Martha, ¿de qué color es la investigación en juventudes?

—¡Uy! Como los y las jóvenes una policromía, una policromía plena, brillante y sin matices en su posición como actores sociales, pero con matices en sus intersecciones y realidades.

Yo siento que los jóvenes tienen matices, que son intensos, y eso me encanta. Tal vez por ahí me conecto con ellos, sigo viviendo la juventud a través de esa explosión de color, de esa policromía de la vida que ellos representan para mí.

BIBLIOGRAFÍA

- FRANCO, S., RODRÍGUEZ, C. I., GÓMEZ, P., GUTIÉRREZ, M. L., TATIS, J., BARRIOS, M., . . . SARMIENTO, J. C. (2015). *Suicidio en Estudiantes Universitarios: Bogotá 2004-2014*. Grupo Interuniversitario de Investigación. Disponible en: https://www.academia.edu/40094320/Suicidio_en_Estudiantes_Universitarios_Bogot%C3%A1_2004_2014_Resumen_Ejecutivo_
- GUTIÉRREZ BONILLA, M. L. (2015). *Mujeres indígenas y campesinas. Transicionalidad, justicia y resistencia en Colombia y Guatemala*. Editorial Javeriana.
- _____. (2011). *Nuevas expresiones políticas: nociones y acción colectiva de los jóvenes en Colombia*. Editorial Javeriana.
- GUTIÉRREZ BONILLA, M. L., ORTIZ HERNÁNDEZ, M., REYES FERNÁNDEZ, N., ESCOBAR MARTINEZ, J. R. y Robles, S. (2021). *Juventudes colombianas 2021: preocupaciones, realidades y creencias*. Fundación SM. Disponible en: <https://oji.fundacion-sm.org/nuestros-estudios/juventudes-colombianas-preocupaciones-intereses-y-creencias/>
- HERNÁNDEZ-BELLO, A. y BONILLA, M. L. (2010). *Vulnerabilidad y exclusión en salud: datos y relatos de la situación de la población desplazada en Bogotá*. Editorial Javeriana. Disponibe en: <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/41012>
- MALDONADO, D., CORTÉS, D., CUARTAS, J., MOLANO, A. y RITTERBUSCH, A. (2017). *Next Generation. Amplificando la voz de los jóvenes en Colombia*. Disponible en: chrome-extension://efaidnbmninnibpcjpcglclefindmkaj/https://www.britishcouncil.org/sites/default/files/20171001_next_generation_colombia_final_version_preliminary.pdf
- OSORIO PÉREZ, F. E. (2016). Juventudes rurales e identidades territoriales. En M. L. GUTIÉRREZ BONILLA y J. TATIS AMAYA, *Jóvenes, Territorios y Territorialidades*. Editorial Javeriana.
- RAMÍREZ PARRA, P. (ed.) (2014). *El camino por la justicia: Victimización y Resistencia de mujeres indígenas y campesinas en Guatemala y Colombia*. Universidad de Antioquia.